

Caminando en esperanza

Jornada de la Vida consagrada, 2 febrero 2023

La Jornada de la Vida consagrada que celebramos cada año es la ocasión propicia para valorar y agradecer el don de la vida consagrada en la Iglesia universal y en nuestra Iglesia diocesana de Santander.

Los consagrados y consagradas son muy conscientes de que su vida es un constante caminar en la presencia de Dios al servicio de sus hermanos. Los caminos de Dios son siempre insospechados y nadie se decide a emprenderlos si no le mueve la esperanza en Jesús resucitado. El Dicasterio para la vida consagrada en 'Caminar desde Cristo' presenta un ideal permanente: «Un nuevo siglo y un nuevo milenio se abren a la luz de Cristo. Pero no todos ven esta luz. Nosotros tenemos el maravilloso y exigente cometido de ser su "reflejo" [...]. Esta es una tarea que nos hace temblar si nos fijamos en la debilidad que tan a menudo nos vuelve opacos y llenos de sombras. Pero es una tarea posible si, expuestos a la luz de Cristo, sabemos abrirnos a su gracia que nos hace hombres nuevos».

Recibiendo y promoviendo los ecos sinodales que resuenan en la Iglesia de nuestros días, celebramos la Jornada Mundial de la Vida Consagrada de este año 2023 bajo el lema «Caminando en esperanza». Caminando hace referencia a una acción continua y persistente, que no se cansa ni se detiene, que conlleva paciencia y tesón. En esperanza indica un modo muy concreto de llevar adelante dicha acción a través de la virtud cristiana más necesaria para quien desea vivir en marcha y volcado hacia el futuro.

Si el año pasado recordábamos que hemos de «caminar juntos» dentro de la Iglesia, pueblo de Dios en camino, este año contemplamos el talante y el horizonte de nuestro caminar. En el mundo pero sin ser de él, como apóstoles del reino, levadura en la masa, semilla en la tierra, sal y luz para el mundo de hoy. "La esperanza –nos recuerda el papa Francisco- es una virtud que no se ve: trabaja desde abajo; nos hace ir y mirar desde abajo. No es fácil vivir en la esperanza, pero yo diría que debería ser el aire que respira un cristiano, el aire de la esperanza; de lo contrario, no podrá caminar, no podrá seguir adelante porque no sabe adónde ir. La esperanza —esto sí es verdad— nos da seguridad: la esperanza no defrauda. Jamás. Si tú esperas, no te decepcionarás. Debemos abrirnos a esa promesa del Señor, inclinándonos hacia esa promesa, pero sabiendo que hay un Espíritu que trabaja en nosotros" (Carta de la esperanza (septiembre de 2017. Audiencia General)

Las personas consagradas tratan de confiar caminando en esperanza, aun cuando no tienen, como su maestro, dónde reclinar la cabeza. Su camino cotidiano de obediencia comienza y termina en la casa del Padre. Ellas saben que se necesitan oídos atentos a la voz de Dios Padre, ojos fijos en la cruz del Hijo y manos prontas a la misión del Espíritu Santo para encontrar fuerza y

perseverancia para emprender cada desafío cotidiano dejando que Dios haga nuevas todas las cosas (cf. Ap 21, 5).

Su camino cotidiano de castidad comienza y termina en la casa de la comunidad. Conviviendo con sus hermanos, los consagrados saben que no han sido llamadas a la soledad estéril, sino que tienen que entrelazar su historia personal con sus hermanos y con el conjunto del pueblo de Dios. Es en esta unión de voluntades, con exigentes rasgos sinodales, donde se alumbra una esperanza distinta a la que ofrece el mundo, capaz de derribar muros, abrir fronteras y soñar juntos el reino de Dios. Su camino cotidiano de pobreza comienza y termina en la casa de los olvidados. La cercanía con Cristo Jesús, que sana las enfermedades, levanta del barro y alegra el corazón, los hace encaminarse hacia los heridos, los caídos, los empobrecidos, los excluidos y los entristecidos para llevarles ánimos y esperanza.

Bien lo sabían el anciano Simeón y la profetisa Ana, que gastaron su vida en un ir y venir de casa al templo y del templo a casa hasta que un buen día el Señor esperado —luz de las naciones y gloria de su pueblo— apareció en sus brazos. Pensando en el camino esperanzado de Simeón y Ana, decía el papa Francisco: Caminando con paciencia, Simeón no se dejó desgastar por el paso del tiempo. Era un hombre ya cargado de años, y sin embargo la llama de su corazón seguía ardiendo; en su larga vida habrá sido a veces herido, decepcionado; sin embargo, no perdió la esperanza. [...] La esperanza de la espera se tradujo en él en la paciencia cotidiana de quien, a pesar de todo, permaneció vigilante, hasta que por fin «sus ojos vieron la salvación» (cf. Lc 2, 30)» (Francisco, Homilía en la Fiesta de la Presentación del Señor [2.02.2021]. XXV Jornada Mundial de la Vida Consagrada).

En el espejo de Simeón y Ana se mira hoy toda la vida consagrada, consciente del momento que vive y alentada por el deseo de sumarse al compás sinodal de la Iglesia «caminando en esperanza». Ellos supieron sembrar con paciencia y recoger con gratitud, servir calladamente y cantar de júbilo, esperar a que el Mesías se abriera camino hasta ellos caminando en esperanza y compartiendo con todos la esperanza del Señor. Reconociendo en su figura el rostro de tantos consagrados y consagradas que caminan sinodalmente en esperanza, demos gracias a Dios por la luz que nos llega a través de su vocación entregada y elevemos nuestra oración por la humanidad sufriente, para que llegue el día en que los ojos de todos contemplan a su Salvador.

**+Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Santander**

